

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et  
justitiae partes tuendas suscepistis.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

Deumque, cujus causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet  
—Pío IX al Director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid, 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comisiona-  
dos, y 15 rs. al mes y 45 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar 90 rs. trimestre.—La

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—Provin-  
cias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saavedra, 55, rue Tai-  
bout.—No se devuelve ningún manuscrito.

## CÓRTESES.

### SENADO.

Extracto de la sesión celebrada el día 22 de Junio  
de 1871.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR SANTA CRUZ.

Se abrió a las dos y cuarto, leyéndose y apro-  
bándose el acta de la anterior.

Se dio cuenta de que el Sr. Navarro Villoslada no  
podía asistir a la sesión por hallarse enfermo.

Se aprobaron sin debate varios dictámenes de la  
comisión de incompatibilidades.

Continuó el debate sobre la proposición de ley del  
Sr. Figuerola, relativa a las liquidaciones de los  
créditos de los pueblos.

El Sr. UDAETA combatió el art. 2.º

El Sr. MONTEJO y ROBLEDO le contestó.

Los señores UDAETA y MONTEJO rectificaron.

El Sr. GARCÍA BRITZ usó de la palabra para una  
alusión personal.

Se aprobó el art. 2.º en votación ordinaria.

El Sr. RÍOS ROSAS combatió el art. 3.º, por las  
atribuciones, a su modo de ver, excesivas, que se  
conceden a los empresarios de obras públicas a que  
puedan destinar los ayuntamientos el 80 por 100 de  
sus bienes.

El Sr. RUBÍO CAPARROS, como individuo de la  
comisión, contestó al Sr. Ríos Rosas, defendiendo el  
artículo 3.º, que en su concepto favorecía los in-  
tereses generales y de ninguna modo los indivi-  
duales.

El Sr. GARCÍA (D. Diego) combatió en segundo  
turno el art. 3.º

El Sr. FIGUEROLA, como de la comisión, le con-  
testó.

Y se levantó la sesión.

Eran las seis.

### CONGRESO.

Extracto de la sesión celebrada el día 22 de Junio  
de 1871.

PRESIDENCIA DEL SR. OLÁZAGA.

Abierta a las dos de la tarde, se leyó y fue apro-  
bada el acta de la anterior.

Aprobóse el acta de Cortes y fue proclamado dipu-  
tado el Sr. Pascual.

Entró en la orden del día.

El señor conde de CANGA ARGUELLES: (Que si-  
tuación la de Europa, y qué circunstancias las de  
España, para que los hombres públicos se ocupen en  
estas discusiones. Casi están ardiendo aun las llama-  
zas que por poco acaban con la primera nación de  
Europa: en el salón de presupuestos hemos visto el  
cadáver de la Hacienda del primer Gobierno del mo-  
narca extranjero. Todo esto se traduce en una frase  
que está en la conciencia de todos: «Esto está per-  
dido» Prestádmelo un momento de atención, y dis-  
pensádmelo que os sea una carta que ha publicado un  
periódico que goza de merecida fama por sus áni-  
mas desmentidas contemporizaciones.)

«Paris, 16 de Junio.—¿Qué desoreimiento, qué  
cansancio, qué escepticismo, qué indiferencia y  
qué egoísmo los de la sociedad francesa contem-  
poránea!

De aquí a 16 días se efectuarán unas elecciones  
que tendrán una influencia decisiva sobre los des-  
tinos futuros de este país.

¿Quién se ocupa de ellas?

Nadie.

Paris: Paris respira y se divierte. Las ruinas: el  
parisiense habla de ellas y las visita como yd. y yo  
hablamos o recordamos las de Pompeya. El pa-  
risiense se pasa; mira, lo que mira antes del sitio,  
aquellos senos que Tertulio decía a Dorina que vo-  
lase. Las mismas gentes, con la misma fisonomía sa-  
tisfecha, en los mismos cafés dorados, obstruyen el  
boulevard. La guerra, la ocupación prusiana, los  
crímenes de la Commune, los peligros del orden so-  
cial, páginas olvidadas de una historia enojosa.

«Ha vuelto Fulano? Está yd. ya reinstalado? ¿Esas  
señoritas se ofuscan si creen que se puede seguir  
seduciendo a las mismas diestras que antes? ¿Es cierto  
que a Blanchi Dantigny la apedrearon en San Ger-  
man, que Nilsson está en América, que la Montalán  
tiene un salón político, y que los prusianos quieren  
anexionarse el barrio de Loreto como un elemento  
de prosperidad? ¿Qué hace la reñata?

«Este es el esqueleto de lo que dicen los electores  
desde el puente de Neuilly a la barrera del Trono.»

«Sabeis, señores, lo que dice de Francia esta car-  
ta? ¿Sabeis cuál es la síntesis de esa carta en que  
tan gráficamente se pinta el estado moral de esa ciu-  
dad que constituía la ambición de los que viven le-  
jos de ella y no la conocen? Pues en ella está pinta-  
do con gran exactitud el estado moral, no solo de  
Paris, sino del cuerpo de que era cabeza esa que al-  
gunos llamaron capital del mundo.

«Cuando llegaban a Madrid despachos que descri-  
bían los terribles acontecimientos que tenían lugar  
en Paris, Madrid decía poco más o menos lo que to-  
dos, y exclamaba: «¿Qué cosa tan horrible!» Y des-  
pués todos se iban a la Castellana, y más tarde a ver  
El espíritu del mar.

«Esto es lo que hacemos todos, sin que las catás-  
trofes de ayer nos impresionen. ¿No comprendéis  
que en este estado social no podemos permanecer?  
Gozar: he ahí la palabra en que podéis encontrar  
resumido todo cuanto se sabe en artes, en ciencias,  
en literatura, en política y en religión. Gozar: he  
ahí todo lo que produce vuestros encantos: la civi-  
lización moderna. Gozar: esto es lo único que encanta  
y seduce a la actual sociedad.

«Examinemos con este criterio algo de lo que aquí  
pasa. Hace poco tiempo que España presenciaba la re-  
volución de Septiembre. ¿Cómo está hoy la política  
española? Lo mismo exactamente que antes de Se-  
tiembre de 1869. La misma escena y las mismas de-  
coraciones: solo los actores han cambiado. En el pa-  
lacio de la plaza de Oriente había una reina: ahora  
hay un príncipe a quien llamais rey.

«El señor PRESIDENTE: Ruego a V. S. que repita  
estas palabras.

«El señor conde de CANGA ARGUELLES: Aquella  
reina reinaba y no gobernaba; el rey hecho por las  
Cortes Constituyentes también reina, pero tampoco  
gobierna.

«El señor PRESIDENTE: Ruego a V. S. que repita  
estas palabras.

«El señor conde de CANGA ARGUELLES: Aquella  
reina reinaba y no gobernaba; el rey hecho por las  
Cortes Constituyentes también reina, pero tampoco  
gobierna. Este, como aquella, está rodeado de hom-  
bres políticos que han de perderle: está condenado  
a vivir con unas ideas perfectamente incompatibles  
con la moral. De esta tesis hará quizá la de-

mostración el elocuente orador que en esta discus-  
ión está encargado de consumir en contra el tercer  
turno.

«Estamos, pues, en materia de rey, lo mismo que  
antes de la revolución de Setiembre. ¿No habéis oi-  
do repetirse el clamoreo contra el lujo de los em-  
pleados públicos y contra otras cosas que tal vez  
serían indignas de este debate? Pues prestad aten-  
ción y vereis que ahora estamos lo mismo que antes,  
y que no ha habido más que cambio de personal.

«Respecto a banquetes, no hemos ganado tampoco  
gran cosa. Hace pocos días que el señor ministro de  
Estado decía a un diputado amigo mío: «Si damos  
cruceros y exenciones, ¿no se daban antes de la re-  
volución? Esta era la contestación que daba un mi-  
nistro que tiene la representación de la democracia  
en ese Gabinete. Estamos, pues, exactamente lo mis-  
mo también respecto de este punto.

«Se trata de Cortes? Las había antes de Setiembre,  
y si yo hubiera presumido arrancar los aplausos que  
alcanzó aquí nuestro digno presidente el Sr. Oláza-  
ga cuando pedí la lectura de cierto documento, habría  
de leerlos algo de lo que dijo, para que supierais lo  
que pensaba una persona tan autorizada acerca de  
las Cortes que hubo antes de la revolución.

«Si esto sigue de esta manera respecto de elec-  
ciones, yo declaro, decía el Sr. Oláza, que me retiro  
a mi casa, porque los hombres que tenemos a polí-  
tica no podemos venir aquí; palabras que fueron  
preparando el célebre retraimiento, en el que suelen  
colocarse los partidos cuando entienden que hay una  
porción de cosas que no son lo que se dice.

También os recordaré lo que hizo otra persona  
lista ministro antes de la revolución, anulando las  
listas electorales; decía que estas estaban falsifica-  
das, y eso prueba que las Cortes antes de la revolu-  
ción fueron una completa farsa. ¿Y queréis decirme  
que son las Cortes después de la revolución de Se-  
tiembre? Vosotros sabéis, porque lo oís, que se repi-  
ten las mismas censuras que antes, y cerca de dos  
meses nos ha ocupado la discusión de las actas. Ahí  
estaba el Sr. Sagasta en el banco azul, como antes  
habían estado en el mismo banco el Sr. Posada Her-  
rera y el Sr. González Brabo, y oíamos al Sr. Sagasta  
el mismo discurso que había pronunciado en  
otro tiempo el Sr. Posada Herrera.

«Un día se levantaba este digno ministro de la  
unión liberal y decía respecto de los incendios de  
Loja las mismas palabras que el Sr. Sagasta decía  
ahora a los incendios de Paris.

«El uno como el otro se manifestaban muy católi-  
cos, el uno como el otro, a los pocos momentos.....  
ya se han arrepentido.

«Se decía que aquellas mayorías no eran la opinión  
del país; y ahora se dice que no representa al país  
esa mayoría. Ya sabéis lo que antes yo pedí, y ya  
no ignoráis lo que fuera de aquí pensaban los se-  
ñores diputados. Pero llegó un momento en que el se-  
ñor duque de la Torre pronunció la palabra sacra-  
mental cuestión de Gabinete, y aquella mayoría ab-  
dicó de su derecho.

«Os acordáis cómo se hacía atmósfera respecto de  
empréstitos y contratos antes de la revolución de  
Setiembre, para que la opinión diera el resultado  
que se buscaba? Pues ya sabéis lo que ahora signifi-  
can los puntos negros.

«Y en punto a presupuestos? ¿Cuántas veces he-  
mos oído y leído que no se puede seguir así? Este ha  
sido el obligado tema de todos los periódicos y de  
todas las conversaciones. Ahora no falta quién pida  
economías; pero los tales presupuestos continúan  
siendo lo mismo que hasta aquí.

«Así, pues, señores, pareceme indudable que en  
todo seguimos lo mismo. En la plaza de Oriente, el  
rey que habéis votado, que reina y no gobierna;  
aquí, ministros que gobiernan arbitrariamente; en  
España, Cortes que no son la expresión verdadera  
de los verdaderos intereses del país; en política la mis-  
ma confusión, y en Hacienda el mismo desfiladero.

«Pero que esto, señores, no os alucine, porque co-  
rrieras algún riesgo si no os fijáis en la diferencia  
que existe entre las dos situaciones respecto al orden  
social. En este sentido estamos mucho peor que an-  
tes, es en lo único que hemos progresado, y debéis  
entender que los cambios de personal político se  
verifican a expensas del interés social. Los hombres  
de la revolución de Setiembre inclinaron la sobera-  
nía del modo que nos describió el Sr. Collantes;  
procuraron que unos cuantos generales hicieran  
lo que ahora quiere el Sr. Collantes que se haga en  
otro sentido, y la revolución se hizo. Existe la con-  
tradicción de lo que predicaron antes de ser poder y  
lo que hacen después de serlo.

«Y la discusión? Este es el argumento. Aquellos  
de las oposiciones liberales; argumento que está en  
punto de liberalismo a que aquí vemos encon-  
trarse a los hombres públicos hace ya mucho tiempo.

«¿Qué tiranía, qué absurdo, qué retroceso, qué teo-  
cracia, etc! Todas esas cosas que decís cuando  
queréis presentar al pueblo la ventaja de la discus-  
ión sin límites. Cuando estos Gobiernos liberales  
llegan al poder, dan una batalla como la que el Go-  
bierno de la revolución sostenía con tres sesiones  
diarias, para que no se discutiera lo que no quieren  
que se discuta.

«Aquí nadie se alarma el día que se discute a Dios  
y se niega a Dios; el señor Oláza, cuando se oía la  
voz de un diputado que hablaba en defensa de la  
Internacional, le interrumpió pronunciando pala-  
bras que yo quisiera ver esculpidas, para que se su-  
pieran los peligros de que aquí estamos cercados y  
que está continuamente amenazando a la sociedad;  
a esa sociedad desahuciada que tanto se envanece  
con lo que llamais moderna civilización.

«A ese señor diputado republicano, miembro de  
una sociedad que niega la propiedad, la familia y  
hasta la religión, el Sr. Oláza le decía: «No cono-  
zo sociedad alguna que haya existido sin estar fun-  
dada en la religión, en la moral, en la familia; y  
sin embargo, el señor diputado, con arreglo a la  
Constitución que habéis hecho, puede seguir dis-  
cutiendo; lo único que le da la Constitución no per-  
mite es que aquí discutamos a D. Amadeo de Saboya.

«Fue también una conquista de la revolución el  
derecho de manifestación libre. Uno de los grupos  
que a ella contribuyeron nos decía aquí en tiempos  
moderados que podrían hacer manifestaciones con-  
tra la dinastía reinante.

«Ved lo que es de este derecho cuando los con-  
spiradores han pasado a ser hombres de gobierno. El  
domingo pasado aun está presente en la memoria de  
todos. No sé qué haya valor para decir en el Go-  
bierno «nos hemos equivocado»; nada de eso; y tanto  
es así, que el Gobierno aseguraba que no teníamos  
que temer los que nos preocupáramos el sábado,  
lo que seguía nuestras noticias iba a suceder el do-  
mingo.

«Es constitucional, decía, lo que va a hacerse.  
Vino el domingo, y... no quiero decir lo que pasó;  
pero creo que el señor presidente del Consejo de mi-  
nistros no diría aquellas palabras sin sentir conmo-  
verse su corazón.

Hablando de Gobiernos liberales, hay que hablar  
de imprenta. La imprenta, dicen aquellos, debe ser  
libre, y la libertad misma remedia sus males. Y  
ahora se nos asegura que no hay necesidad de edi-  
tor ni de depósito. Aquí sucede que el Gobierno tie-  
ne y no tiene razón. En esta clase de libertades  
ocurre que la ley para lo que no debiera ha-  
berla, y al contrario.

«El día 2 de Enero escribí cierto periódico varios  
artículos: en uno se hacía la relación de todo lo que  
había sucedido en el momento de la elección de don  
Amadeo; de la visita que D. Amadeo hizo a Atocha  
para ver el cadáver del general Prim, y de la en-  
trada de aquel en las Cortes.

«Entendí La Regeneración, que es el periódico a  
que aludo, que era día de luto, y oí el periódico  
de negro; pero un delegado de la autoridad lo de-  
nunció; es conducido a la cárcel el autor de los ar-  
tículos, y allí lleva ya seis meses purgando el pe-  
cado de haber creído en la libertad de imprenta.

«El juez le ha impuesto la pena de veintina años  
de presidio, nada menos; pena que forma gran con-  
traste con la de catorce años que suele generalmente  
imponerse por homicidios calificados. Importa que  
oigais un párrafo de la acusación fiscal para que po-  
dáis juzgar:

«La obra de luto que rodea al número del día 2 de  
Enero, y la advertencia que le encabeza, son inque-  
stionablemente injuriosas para S. M. el rey.»

«Y el señor promotor fiscal no dice más sobre este  
asunto.

«No hay que hacer comentarios; esto se lee y se  
entrega a la indignación pública.

«Y si ello no bastara para ilustrar vuestro juicio  
respecto de imprenta, el Sr. Vildósola podría decirnos  
algo más.

«Recordáis lo que se decía en punto a los estados  
de sitio? Si viviera el general Narvaiz, ¿cuántas cen-  
suras! Cuando conspirabais este tema no podía oírse  
darse, y decíais al pueblo: «Si vencemos, aquellos  
han terminado»; pero llegan aquí los hombres de  
Setiembre, y escriben en un artículo de la Consti-  
tución que nunca podrá ser la nación española de-  
clarada en estado excepcional sin que haya precedido  
una ley.

«¿Qué triunfo! España marcha por el camino de la  
revolución, decíais después de esto.

«No me gusta pelear con un cadáver. Hace cuatro  
días hubiera discutido este punto con el Sr. Sagasta;  
pero lo discutiremos si el cadáver resucitara, que  
todo es posible en estos tiempos de resurrecciones.  
(El Sr. ministro de la Gobernación: Por si acaso,  
duro.) Si, ¿eh? Pues recordéis que al día siguiente  
de constituido el Congreso, el Sr. Nocedal pidió  
ciertos documentos para tratar la cuestión de los  
estados de sitio: han venido aquellos; pero no los  
más esenciales. Ahora que el señor ministro de la  
Gobernación dice «duro», yo digo que por su resus-  
tación, el Sr. Nocedal le dará todo lo que S. S. necesi-  
tara.

«Hubo estados de sitio que coincidieron con la ve-  
nida de D. Amadeo. No os he de advertir, porque lo  
sabéis, que la prensa clamó un día y otro contra  
ellos; pero el Sr. Sagasta, que a mí me dice «duro»,  
no hizo caso de la prensa, y el estado de sitio conti-  
nuó. Por lo tanto, también respecto de este punto  
estamos lo mismo que antes de la revolución, y os  
hago gracia, porque podría decir y probar que esta-  
mos mucho peor.

«Cuestión de Hacienda, que ha de devorar a todos  
los Gobiernos. Cuando yo fui diputado la primera  
vez el año 52, decían nuestros políticos que el pre-  
supuesto era una enormidad, y eso que solo era de  
4,085 millones; hoy, en el primero de D. Amadeo,  
de 1870 a 71, el presupuesto asciende a 2,703 mil-  
lones. Los intereses de la deuda, que entonces subían  
a 168 millones de reales, ascienden ahora a 797 mil-  
lones, y es probable que no concluya este año sin  
que lleguen a 4,000.

«Creo haber demostrado que en la parte externa  
de la política la revolución ha servido para cambiar  
el personal, y nada más que el personal. Estamos lo  
mismo que antes de la revolución de Setiembre,  
salvo siempre el natural progreso.

«En cuanto a la situación de España bajo el punto  
de vista social, quisiera yo que vierais mi corazón y  
comprenderais la verdad con que digo lo que está  
diciendo. El orden social estaba ya muy mal antes  
de la revolución de Setiembre; pero en el trono ha-  
bía una reina que en cierta manera continuaba la  
tradición de este país: las luchas de los partidos li-  
berales iban a terminar en el palacio de Oriente, y  
con gran trabajo caminabais a vuestro propósito, y  
ante la imposibilidad os parabais, como se paró, por  
ejemplo, la revolución de 1854.

«Había, además del trono, otro obstáculo que se  
oponía a vuestros planes: la unidad religiosa. Tam-  
poco os atrevíais a pasar por cima de ella, porque  
cuando lo intentásteis, como en las Cortes del 54, se  
levantaban aquí voces que decían: «Todavía no po-  
demos llegar hasta esto.»

«Un diputado de aquellas Cortes escribió un pro-  
yecto sobre el matrimonio civil, a cuyo pie puso el  
entonces presidente, señor general Infante: «Pase a  
las secciones; y aquellos diputados se asustaban so-  
lo porque se dijera que había llegado el día de que  
viniera a España una institución semejante, noticia  
que negaban los periódicos ministeriales; y recorda-  
do también que los mismos compañeros de aquel di-  
putado trabajaron para que el proyecto no se presen-  
tara. Esto prueba que no estaba tan corrompida en-  
tonces la sociedad española, para que pudiera decirse  
a la santidad del matrimonio como Sacramento:  
es preciso que se sustituya el matrimonio como  
conocimiento.

«Eso pasaba antes de la revolución de Setiembre  
del 68. Ahora en este punto las cosas han variado.  
No tenemos aquello que un ministro llamó media  
ligitud; y en cuanto a la unidad religiosa, ya sa-  
béis lo que se ha hecho.

«Estoy seguro de que los señores ministros no tie-  
nen en estos momentos más ideas que la de ver có-  
mo se mueren sin morir; o lo que es lo mismo, que  
están pensando en lo que les conviene hacer  
para que venga un ministerio que sea igual a este  
ministerio. Quizás el señor duque de la Torre diga  
para sí: «esa dificultad la hemos vencido.»

«Pero yo recordaría que ayer el Sr. Esteban Collan-  
tes hablaba de la soberanía nacional y decía: «Dad-  
me dos generales con mando que conspiren por lo  
que yo les diga, y ya vereis dónde está la soberanía  
nacional; y esas palabras les deben hacer meditar  
mucho sobre la insubordinación de su poder.

«Ah, Sr. Sagasta, cuántas veces hemos visto en ese  
banco al duque de Tetuan, creyéndose también  
eterno en el poder e inamovible en el ministerio.

«Se acuerda el Sr. Sagasta de aquella sonrisa del  
duque de Tetuan, que tantas veces habrá irritado  
la bilita de S. S.? Un amigo mío muy íntimo, y a  
quien todos vosotros queréis, el Sr. Aparici y Gui-  
llard, le decía: «General O'Donnell, hacéis mal en  
reír: la sociedad está desquiciada; no podéis vivir  
mucho tiempo.» Cinco años duró aquel ministerio;  
treinta años fue reina de España doña Isabel, y todo

pasó: mientras pasaba, se creía que aquella situa-  
ción era eterna; y entonces como ahora, ya se decía  
que así no se podía continuar.

«A esta situación solo la defienden las fuerzas ofi-  
ciales: la España que está empleada, y el ejército  
que paga: esas son las fuerzas que tenéis para  
mandar: eso es lo único que os sostiene.

«No os asustéis por el aspecto de esta Cáma-  
ra. No comprendéis por qué no he querido hablar  
de cierta cosa? ¿Y no sabéis que aquí se sienta una  
gran representación de la España que no quiere  
esa cosa?

«Un ministro de esta situación decía: «Si a España  
se le consultase, no sería rey de España el rey eli-  
gido por las Cortes Constituyentes.»

«El señor PRESIDENTE: Llamo a V. S. por segunda  
vez al orden.

«El señor conde de CANGA ARGUELLES: Está  
muy bien; pero no sé por qué me llama S. S. por  
segunda vez al orden, y Dios quiera que no me lla-  
me por la tercera.

«Pero yo pregunto, no al presidente de la Cámara,  
sino al hombre político.....

«El señor PRESIDENTE Ruego a V. S. que no se  
ocupe de una cosa tan pequeña como mi persona.

«El señor conde de CANGA ARGUELLES: Pues  
bien; preguntare a la Cámara. ¿Puede dudarse de  
que el partido republicano no acepta lo que llamais  
legalidad existente?

«¿Dudaís que le sucede lo mismo a otra fracción  
más pequeña, la fracción moderada?

«Pues si durante treinta años, y en tiempos más  
tranquilos, cuando los partidos eran tan numerosos  
como ahora, y cuando ninguno se pronunciaba con-  
tra cierta institución, porque no había más que el  
afán de ser poder, fue difícil la gobernación del  
Estado; hoy que cuesta trabajo hacer la nomenclatura  
de los partidos, ¿qué ha de suceder? Lo que sucedió  
siempre, y la historia confirma: reino dividido pe-  
recerá.»

«Oigo a la Cámara que repite lo que ayer creí en-  
tender al Sr. Navarro y Rodrigo, que decía: «¿Cuál  
es vuestro programa, señores tradicionalistas? Y  
contestándose a sí propio, añadía S. S.: «El progra-  
ma de los tradicionalistas es: teocracia, absolutismo  
y D. Carlos; y S. S., que es persona que estudia  
mucho y que escribe bien, después de decir esto se  
mostraba tan satisfecho y seguía adelante. Pero eso  
no es verdad en todas sus partes: nosotros no que-  
remos la teocracia, y rechazamos y condenamos el  
absolutismo; lo que sí es verdad que queremos a  
don Carlos; y esto porque amamos a España y de-  
seamos el bien para todos los españoles.

«Se dice: «vuestro programa no lo conocemos.»

«Pues aquí tengo la carta-manifiesto del duque de  
Múrida a su hermano D. Alfonso, y en ella hay un  
programa completo de gobierno, que no os lo leo por  
molestaros más. Si lo que queréis es que esto se  
convierta en decretos, tened entendido que a nos-  
otros no nos falta el deseo de hacerlo. Importa, señ-  
ores, que aparte de la cuestión de Hacienda, de la de  
imprenta, y de todas las cuestiones que trata este  
programa, os fijéis en el espíritu que en él domina.

«No sé cuántos centenares de ministros ha habido  
en tiempo de doña Isabel; no sé cuántos tendremos,  
a poco que dure, en esta época revolucionaria; pero  
si esto no basta a impresionaros, vámonos al salón  
de presupuestos, y allí vereis lo que es la ciencia  
política, y allí vereis a esos jóvenes que anunciaban  
una época de prosperidad y bienestar, impotentes  
ante las cifras abrumadoras del presupuesto; allí  
vereis a esa juventud no sabiendo hacer más en el  
terreno económico que el contrato con el Banco de  
Paris.

«Y en el terreno social? La Internacional vive en  
España; y contra ella, ¿qué medios encontráis? Aquí  
un economista explicaba los horrores de la Commu-  
ne de Paris, y todos conveníamos en que ese era el  
peligro social.

«Pues bien; yo os pregunto: ¿y el remedio? ¿Creeis  
que con una Constitución que proclama todas las li-  
bertades, podréis impedir que la Internacional viva?

«¿Qué opondréis a la Internacional? Solo tenéis la  
fuerza de los cañones y de las bayonetas; pero la  
fuerza material de los Gobiernos no ha resuelto en  
época alguna ningún problema social.

«Reios cuanto queráis, no leáis nuestro programa;  
pero tened entendido que en él se proclama la mo-  
narquía católica.

«Si, oído bien, sébios de todas especies y de todas  
las partes; el catolicismo es el único que puede ha-  
cer que las sociedades vivan bajo sistemas normales  
de justicia, de orden y de verdadera libertad.

«El Sr. MONTERO RIOS contestó al Sr. Canga, ma-  
nifestando que no puede ser el partido católico el  
que con sus censuras cause daño a la libertad, quan-  
do todo el mundo sabe que de ella se vale y con ella  
se ampara con objeto de combatirla.

«Recordó los actos del carlismo y sus predicacio-  
nes, para destruir los argumentos hechos contra lo  
existente.

«Dijo que por más que otra cosa dijese los neo-  
católicos, querían el absolutismo y la teocracia, y  
que por esto y por sus ideas de intransigencia esta-  
ba condenada su causa en todas las naciones.

«El señor conde de CANGA ARGUELLES: Dos pala-  
bras siquiera por cortesía hacia el Sr. Montero Rios.  
No creo que la situación actual del Congreso, que  
espera oír a un brillante orador, ni la situación ge-  
neral de Europa, sean a propósito para gastar el  
tiempo en palabras. Precisamente, a mí entender,  
todos los males que tenemos que lamentar han na-  
cido de que se gasta mucho tiempo en palabras; y  
para no contribuir yo a ellos, no rectifico.

«El Sr. VILDÓSOLA: No hubiera dicho nada res-  
pecto de la alusión que me ha hecho mi amigo el se-  
ñor conde de Canga Argüelles, si no hubiera mani-  
festado el Sr. Montero Rios que la imprenta está  
ahora mucho mejor que antes. El caso que ha citado  
el señor conde de Canga Argüelles lo demuestra.

«Una palabra le ha costado a un escritor carlista  
veintina años de presidio; y no quiero decir que  
contra mí se piden diez y ocho años de extraña-  
miento, porque el fiscal es amigo mío y sentiría  
que se ofendiera al ver que se había quedado tan  
corto.

«Pero el Congreso va a ver cómo estaba antes la  
prensa y cómo lo está ahora. En 1863 fue denuncia-  
da La Iberia a excitación del embajador francés,  
por haber atacado la política de Napoleón; y habien-  
do copiado un periódico carlista sus palabras, fue  
denunciado también. Mandó la unión liberal: ful-  
mos al tribunal varias personas, y entre ellas Carlos  
Rubio. Y al citar este nombre no puedo menos de  
dedicarlo un recuerdo en este día 22 de Junio, por-  
que fue uno de los que más arriesgaron su vida por  
anticipar el triunfo de esta situación que le ha de-  
jado morir en la miseria y en el olvido. Pues bien;  
fue condenada La Iberia a



o  
ó  
o  
olyi  
olic:  
ce



señor Chantre. En las parroquias sucedía lo mismo; de modo que había unas cuatro mil comuniones, según se calcula. Acudido gente de los lugares inmediatos a ganar la indulgencia plenaria.

La función de iglesia fue solemnisima. Celebró el señor Dean... Predicó el señor Obispo un magnífico sermón. La catedral está iluminada por millares de luces. La orquesta, tan buena como en los mejores días que aquí recordamos. Concluida la Misa se cantó una plegaria; después el señor Lectoral leyó al pueblo la última Encíclica de Pío IX; el señor Obispo, en medio del mayor silencio y recogimiento, dió la absolución papal y entonó el *Te Deum*. La alegría de los fieles no reconocía límites.

En este día los socios de la *Juventud Católica* sirvieron la comida a los pobres. Las señoras recogieron en las puertas de la catedral algunos miles de reales de limosna para el Papa.

La procesión de la tarde por el interior de la iglesia fue magnífica. Por la noche, la Academia de la *Juventud Católica* celebró sesión y se vitoreó al Papa en prosa y verso por los socios. El local estaba perfectamente iluminado y decorado. El gran salón de la Academia era pequeño para el concurso.

Así concluyó este día, que dejará en Jaén un recuerdo indeleble. Para la Religión ha sido un día de triunfo; para la impiedad una afrenta. Aquí por fortuna habrán sido muy pocas las personas que se sustraerán por completo al influjo de una demostración tan espontánea; pero si algunas hubo que presenciasen este fervor popular sin favorecerlo, habrán creído asistir a la ruina de sus esperanzas.

El señor conde de Canga Argüelles, nuestro estimado y distinguido amigo, pronunció ayer un excelente discurso en contra de la totalidad del mensaje de D. Amadeo.

El señor conde de Canga Argüelles, orador de fácil palabra y de gran corazón, examinó el estado social de España, y el estado social, político y económico de España. Descubrió a los ojos de todos el cáncer del indiferentismo que corroía las entrañas de esta sociedad, la cual hacia de las ruinas de París un objeto de curiosidad, ya que no de especulación, y continuó entregada al goce sin cuidarse para nada de buscar el único remedio a los males presentes y a los más terribles aún que nos amenazan.

Con gran verdad recordó en breves frases el triste reinado de doña Isabel II, lo efímero de sus gobiernos, y la poca solidez de aquella dinastía, que después de todo tenía más raíces en el país que otras dinastías extranjeras llevadas a ciertos países para consolidar la conquista revolucionaria del presupuesto.

Lo pasado responde de lo porvenir. Pues si ha sido lo que se apoyaba en cimientos hasta cierto punto nacionales, ¿qué sucederá con lo que carezca de todo cimiento?

No vamos a hacer un examen detenido del notable discurso del Sr. Canga Argüelles. Nuestros lectores verán el extracto en la sección correspondiente y juzgarán. La verdad resplandece en ese discurso tan clara y tan pura que no es menester señalarla con el dedo. El que no la vea es que está ciego; el que no la entienda es que tiene cerrado el entendimiento.

El orden social no existe. ¿Puede regarse esto? La política no tiene ni una idea fija y nos conduce al caosismo final. ¿Hay quien lo dude? Respecto de Hacienda, estamos en bancarota. ¿Hay quien lo ignore? Pues esto, que todo el mundo sabe, esto fue lo que el señor conde de Canga Argüelles dijo y demostró con gran elocuencia.

Al fin de su discurso hizo una importante declaración. Contestó a esa vulgarísima observación, hija por lo común de la mala fe de nuestros adversarios, sobre nuestra falta de programa, enseñando la carta-manifiesto de D. Carlos. ¿Qué queréis decir? ¿que esto se convierta en decretos? Pues nadie tiene más deseos que nosotros, de que eso suceda. Pero la declaración consistió en lo siguiente: El Sr. Navarro y Rodríguez había asegurado que nosotros queríamos tres cosas: teocracia, absolutismo, D. Carlos; pues el conde de Canga Argüelles declaró que de estas tres cosas sobraban las dos primeras; no queremos ni teocracia ni absolutismo.

A pesar de todo, los liberales hablarán constantemente de teocracia, de absolutismo y de inquisición, como fundamentos de nuestro programa, lo cual significa o que tratan de engañar al pueblo suponiendo en nosotros lo que no existe, o que dan a las palabras una significación distinta de la que tienen.

Habíó después de nuestro amigo, en contra del mensaje, el Sr. Castelar, cuyo discurso, salvo la novedad de ciertos conceptos, con que salpicó el comienzo de su peroración y el oportuno y hábil recuerdo del aniversario del 22 de Junio, es una reproducción exacta de todos los discursos que ha pronunciado desde que se declaró apóstol de la república.

Brillante, pero falso; grandilocuente, pero insensible como un marmol; fuerte en sus razonamientos contra la situación, pero ofensivo, al mismo tiempo, en sus ataques, el Sr. Castelar fue ayer, como lo es siempre, un actor consumado a quien se admira pero de quien todo el mundo sabe que flota a orillas... por encargo del autor.

Las facultades del Sr. Castelar son extraordinarias; pero la falta una cosa sin la cual no hay orador, ni artista, ni político que merezca, no la admiración, sino el amor de sus contemporáneos; le falta la sinceridad.

Es un hombre que no cree más que en sí mismo y por eso cuando habla no piensa sino en él mismo. La historia, las ciencias, las artes son para el Sr. Castelar un medio de embellecer su propia palabra, no son un medio de descubrir la verdad y enseñarla, de descubrir el bien y amarlo.

¡Amor! El orador republicano no sabe ni puede amar porque todo su amor lo dirige a su palabra, a su talento, a su persona.

No se someta jamás a ninguna principio, ni a ningún idea porque él se figura superior a todo principio y a toda idea. Cuando le conviene pone al servicio de su plan las grandiosas bellezas que nos ha dejado el arte de la Edad media; y cuando le conviene, como le convenia ayer sin duda, da por muerto el poder temporal de los Papas última, que quedaba en el horizonte de las tinieblas de la Edad media.

¿Qué dirá el Sr. Castelar si dentro de algunos meses se restablece el poder temporal con más vigor del que tenía antes de la invasión sacrilega de Roma? Pues no se extraña el apóstol republicano si esto sucede, y riñe entonces de regla el suceso para no aventurar afirmaciones que no se puedan hacer ni desde la altura de su tribuna parlamentaria.

En sus ataques al Gobierno estuvo felicitísimo; pero en sus afirmaciones desdichado; justo cuando habló del castigo que espera a Víctor Manuel, pero, ¡ruido! a pesar de su elocuencia, cuando resolvió la cuestión de Roma por medio de la república.

De que el rey Víctor Manuel y el Papa no ca-

ben juntos en Roma y sostiene seriamente que caen al Papa y Garibaldi!

Esto es ridículo, y sería incomprensible en el Sr. Castelar si no supiéramos que a veces la preocupación o las exigencias de partido están por encima del talento y de la razón.

La crisis ministerial continúa aplazada, y la situación, según la expresión empleada anoche por un periódico, para algunos entablada, para otros en Tablada, porque la intriga radical trabajada por dos jefes militares, no ofrece probabilidad alguna sin la cooperación del Sr. Ruiz Zorrilla.

Este señor, de cuya importancia política, ¡quién lo dijera! pende hoy el porvenir del motin de Septiembre, a juicio sin duda de los hombres graves de la Tertulia progresista, según *La Correspondencia*, debe llegar a Madrid de hoy a mañana, aunque de las noticias de última hora del diario noticiario, resulta que el estado de salud del ministro de Fomento no le permitirá en algún tiempo dedicarse a la política, ¡por lo que está casi seguro, añade, que no formará parte del nuevo ministerio, en el que, según el sentido en que la crisis se resuelve, quedarán o saldrán unidos los elementos radicales que hay en el actual, según las tendencias que se observan en la mayoría.

En este caso no sabemos para qué había de abandonar el Sr. Ruiz Zorrilla el descanso de Tablada, viniendo a Madrid a presenciar la derrota, entonces muy probable, del elemento que le reconoce por jefe.

No obstante, y por más extraño que parezca, creése que el actual ministerio hace extraordinarios esfuerzos por resucitar, continuando por ahora en el poder hasta el mismo Sr. Moret.

Véase en confirmación de ello lo que dice anoche *La Epoca*:

«A la carta del Sr. Sagasta ha contestado el ministro de Fomento en propiedad, que ni estaba en disposición de venir, ni tenía para qué venir, no estando votado el mensaje; pero se espera que llegado ya este caso, y apercibido de lo que ocurre por el personaje relativo que hoy habrá llegado a Tablada, podremos tener el gusto de saludar mañana en Madrid al verdadero jefe de la fracción progresista.

Bien pesado todo, empieza a cundir en la sala de conferencias la opinión de que los muertos, para cuyo entierro concedía tregua el Sr. Menéndez de Luarca, pudieran resucitar, y seguir figurando en el mundo de los vivos, y de los vivos poderosos, por más o menos tiempo.

Las esperanzas de lazarismo se extienden en la Bolsa hasta el Sr. Moret, asegurándose que tenía algún contrato hecho para el pago del semestre.

Estas esperanzas se han roboteado al saber la reunión celebrada por la comisión general de presupuestos, en la cual han sido aprobados los artículos restantes de la ley de auxilios, con una ligera modificación en el artículo relativo a la Caja general de depósitos. Algunos objetó que era extraño hablar de medidas de Hacienda sin ministro de Hacienda, pero el Sr. Tapate, influido, según parece, por el ministerio, ha insistido en que la ley se votara y en que mañana mismo se diera cuenta del dictamen.

Tanto hemos visto en esta situación, que nada nos maravilla.

Las cosas del señor marqués de Miraflores, la consideración de que por términos regulares se halla ya con un pie en el sepulcro, no nos permiten hoy tratarlo con la dureza con que lo hemos hecho en otros tiempos, ni tomar sus cosas a broma como las ha tomado todo el mundo, y los periódicos que hoy la defienden inclusiva; pero no debemos pasar en silencio que el señor marqués, con sus canas y todo, después de hacerse eco de la vulgaridad, de la falsedad, por no llamarla calumnia, de que el partido carlista quiere monopolizar ciertas demostraciones exclusivamente católicas, según se desprende de *La Epoca* de anoche, dice lo siguiente:

«Contravirtan, pues, los carlistas con el Sumo Pontífice acerca del mejor derecho de Alfonso XII ó de Carlos VII, y si no es favorable para sus aspiraciones tan respetable opinión, abandonen sus pretensiones, fundándolas en mejor derecho.»

Estamos hartos de oír que confundimos la religión con la política, y estamos hartos de ver que nuestros acusadores son los únicos que establecen esta confusión. De la proposición del conde de Orgaz se dijo por el ministerio que era política, cuando realmente no contiene una sola afirmación que no sea puramente religiosa: luego quien confunde la religión con la política no es el autor de la proposición, sino quien calificó de política la doctrina puramente religiosa. Político es también para nuestros enemigos celebrar el vigésimo quinto aniversario de la exaltación del Papa a la cátedra de San Pedro.

El señor marqués de Miraflores, en las líneas que hemos copiado, incurre también en la imprudencia, en la temeridad de confundir la religión con la política y confundirla con notorias falsedades, dejando suponer que el Sumo Pontífice reconoce el mejor derecho de D. Alfonso contra don Carlos. No es esto cierto, y nosotros lo rechazamos abiertamente; pero sea la opinión del Papa favorable o al nio de Carlos V, ó sea al nio de Fernando VII, esta opinión, adversa ó propicia a uno ó otro principio, nunca puede tener carácter religioso, y de tal manera no lo tiene, que estamos seguros de que D. Carlos abandonará sus pretensiones, ni D. Carlos sus derechos, porque el Sumo Pontífice opina acerca de una cuestión meramente política de esta ó de la otra manera, así como creemos que cualquiera de los dos que llegas a reinar, será reconocido por Su Santidad, si reina cristianamente.

De esta hecha la Tertulia progresista va a adquirir una patente en la ley de institución fundamental del Estado.

Anoche se ocupó el Sanhedrin de la calle de Carretas en discutir acerca de la crisis y sus consecuencias. También parece que se habló de la conducta de los carlistas y de la manifestación católica del domingo último, pero esto no debe inspirarnos ni curiosidad siquiera.

«Parece que los contenidos conviniere en que era menester que se formase un Gabinete homogéneo, conservador ó radical. En esto parece que no hubo divergencia de opiniones; pero ha habido en cuanto a la conducta que debían seguir los radicales si se formaba un ministerio conservador. Había quien pretendía que se le apoyase sinceramente, pero la mayoría parte opinaron porque no debía prestarse semejante apoyo sino por el contrario se le debía hacer la oposición en toda regla aunque por los medios legales.

El Sr. Salmerón dijo que cualquiera que fuese la solución de la crisis, debía respetarse el uso que la corona hiciera de su prerrogativa, pero que este respeto no significaba que la Tertulia debía abdicar de la influencia que por sus antecedentes estaba llamada a ejercer.

Como consecuencia de esta premisa propuso al

Sr. Salmerón que se nombrase una comisión de la Tertulia que indyese cerca de los prohombres del partido, «a fin de que estos pusiesen los medios a su alcance para que la crisis se resolviera en el sentido más favorable a las tendencias allí dominantes.»

La comisión se compone de los Sres. Salmerón, San Miguel, Gómez Rubio, Ridaura y Patiño. ¿Creían por ventura nuestros lectores que exageráramos al hablar de la intervención de la Tertulia en los negocios públicos?

Aquella mayoría tan compacta de que los periódicos ministeriales y principalmente *El Imparcial* nos hablaban, aquella mayoría llena de patriotismo que inspirándose únicamente en el deseo de ver consolidada la obra de las Constituyentes no perdería ni un solo de sus individuos, aquella mayoría que se creía poderosa para contrarrestar la monstruosa coalición de las oposiciones, es ya objeto de las censuras más acerbas, de los cargos más severos, de las más duras invectivas que el lenguaje periodístico puede inventar, porque a pesar de las excitaciones del Gobierno, a pesar de las del presidente de la Cámara, a pesar de las de la prensa ministerial, no ha podido reunirse en número suficiente para convertir en ley el proyecto llamando a las armas 35,000 hombres para el reemplazo del ejército del año actual.

Nuestros lectores verán por la lectura de los párrafos que publica *El Imparcial* y que a continuación copiamos, cómo es tratada por los mismos que antes nos la presentaban como modelo de dignidad y de desinterés:

«El rubor enciendo nuestras mejillas, dice el citado periódico, pero es preciso decirlo: cuando en esas tres votaciones fracasadas hemos visto en sus puestos a oposicionistas tan intragantes como Castelar, Sánchez Ruano, Moreno Rodríguez, Vidal y Carriá, Bugallal, Echevarría, el conde de Toreno, Jove y Hevia, hasta el mismo Sr. Esteban Calantes, y notábamos ciertas ausencias, sentíamos que algo pesaba de una manera horrible en el sitio del corazón en que debe albergarse la lealtad, el decoro y la decencia política.

A los Gobiernos se les combate, se les apoya ó se adopta respecto a ellos una actitud independiente; pero no se les apuete cuando tal vez van por caminos extraviados, abandonados al borde de la tumba para dedicarse por completo a mirar el cuadrante político, ó a rastrear entre las encontradas corrientes, que siempre produce una crisis, cuál de ellas tiene más fuerza y se dirige más derechamente al templo del Dios Egipto.

Y añade en otro párrafo:

«Si será necesario en lo sucesivo para tener fuerza pública mantener en conserva hasta última hora una ley de ferro-carril ó otro asunto de esta especie?

«Tendremos necesidad después de esto de probar a nuestros lectores que la situación se encuentra en la agonía?

«Cómo andará la situación cuando los elementos principales que la sostienen ponen toda su esperanza en Ruiz Zorrilla!

Jamás los partidos liberales se han visto en trance tan apurado ni tan escasos de hombres. No tienen ni uno solo que pueda conjurar momentáneamente siquiera la tempestad que se echa encima.

La Tertulia progresista está agitada y convulsa como si previese una catástrofe.

Algun adorador de Prima dice que es capaz de dar otra vez en el Congreso el famoso grito de *¡radicales, a defenderse!* para alajar la corriente conservadora que se nota en las filas de los ministeriales.

Y entre tanto, el general Serrano presencia las sesiones del Congreso durmiendo el sueño de los justos.

¡Cuidado con los que duermen!

Ayer no se pudo votar la ley de quintas, porque, absteniéndose las oposiciones, resultó que no había suficiente número de diputados para aprobar leyes.

Tres veces se pasó a votación la ley, y las tres veces dió el mismo resultado.

Pero lo más notable fue que la fracción democrática, capitaneada por el Sr. Rivero, votó en contra de la ley, dando así una prueba de consecuencia política.

Siquiera en esto son lógicos. Enemigos siempre de las quintas, justo es que hoy nieguen su voto a la ley de quintas.

Lo contrario hubiera sido un escándalo, y aun que estamos acostumbrados a ellos, no hubiera dejado de sorprendernos uno más de tan grueso calibre.

## CARTAS DE ROMA.

Roma, 18 de Junio.—Los italianos no han podido llevar en paciencia la admiración y consoladora protesta que contra sus enormes crímenes hacen estos días en la ciudad Santa los católicos del universo. Aquí han llegado a millares los fieles de todos los países, a consolar al Padre Santo en sus aflicciones, y Pío IX apenas tiene tiempo para recibir a la multitud de comisiones que diariamente se presentan a dar público testimonio de su piedad, llorando con quien tanto llora, no por él, sino por sus desgraciados carceres. Las iglesias están todos los días llenas de fieles, que ya en San Juan de Letran, ya en San Pedro, ya en Santa María la Mayor, ya en Jesús, no cesan de bendecir a Dios por la singular merced concedida al Santo del siglo, sin duda para confortarnos a los débiles en la fe ó infundirnos confianza en el próximo triunfo de la Iglesia.

Este admirable espectáculo no podía menos de irritar y sacar de quicio a los decididos adversarios del Pontificado, los cuales, despatchados, prepararon ayer una ridícula manifestación...

Al efecto, los periódicos ministeriales de anoche anunciaban ya que os patriotas adorarían hoy domingo sus casas con la bandera italiana, quedando la *partida de la Porra* encargada de hacer cumplir exactamente los órdenes de las sociedades secretas. Esto no obstante, son muy pocas, relativamente hablando, las casas que han hecho semejante insulto al Padre Santo, y solo los ocultos se han mostrado ingratos con el Pontífice a quien tanto debe la capital del orbe católico.

Para consuelo de los católicos, debo añadir que no han faltado personas valerosas que han arrostrado las iras del populacho y la impunidad de los criminales, dando público y afirmativo testimonio de su adhesión a la causa de Pío IX.

Entre esas personas, merece especial mención un habitante de una de las calles más céntricas de Roma, que ha adornado su casa con la bandera pontificia. Excuso añadir que la bandera ha desaparecido inmediatamente a impulsos de la libertad. También me consta que un individuo de la comisión inglesa, que habitaba en el Hotel de la

glattera, al ver en la ventana de su propio cuarto la bandera italiana, ha tenido el valor de arrancarla con sus propias manos. Pero los libres que se aprehieron del hecho, acudieron en tropel a la fonda y volvieron a colocar la bandera, después de lo cual la comisión inglesa abandonó la casa donde así se insultaba al Vicario de Jesucristo. Ejemplo, por cierto, digno de imitarse por todos los católicos. Estos y otros parecidos incidentes han sido causa de que se formasen algunos grupos, y de que la milicia ciudadana, que está sobre las armas todos estos días, patrullase por algunas de las calles más concurridas.

Decididamente, el Padre Santo recibirá a los españoles el martes por la mañana. Al frente de ellos irá, como Vds. saben, el virtuosísimo ilustrado Obispo de Atila, que ha venido a Roma en alas de su amor al Vicario de Jesucristo.

La *Juventud Católica* de Roma prepara una sesión extraordinaria en obsequio a los jóvenes católicos de España. Aun no se ha fijado día para esta solemnia católica-literaria.

Esta tarde están reunidos los presidentes y secretarios de todas las Academias del mundo que han acudido a Roma. Supongo que el objeto de la reunión no será otro que el de conocerse y ponerse en relaciones para el mejor éxito de sus cristianos propósitos. A la *Juventud Católica* de España representan en esta reunión los jóvenes apacibles marqués de Monesterio y D. Gabino Martorell.

Hoy ha habido gran función religiosa en Jesús y en Santa María la Mayor. Aquí he tenido la inefable satisfacción de adorar parte de la corona de Nuestro Divino Redentor. De poco sirven las banderas saboyanas ante la imponente manifestación que los católicos hicimos en los templos y en la mansión del gran Pontífice Pío IX.

## CORREO DE HOY.

### EL JUBILEO EN EL EXTRANJERO.

En toda Europa se ha celebrado con magníficas fiestas el Jubileo Pontificio. De Bélgica, sobre todo, se reciben noticias que entusiasman. En Gante los festejos han sido asombrosos, y en la misma Bruselas no han dejado nada que desear, si bien allí el populacho imitó el ejemplo de los porristas madrileños: las autoridades, sin embargo, refrenaron en Bruselas los ímpetus de los alborotadores.

Por lo demás, la manifestación católica en Bélgica, ha sido, como en España, verdaderamente nacional. Ciudades, villas y aldeas han rivalizado en entusiasmo, y en su respectiva esfera, ninguna ha sobrepasado a las demás. De Bruselas escribía lo siguiente:

«Escribo bajo la impresión que produce en el alma el aspecto de una fiesta verdaderamente nacional. Bélgica celebra hoy el XXV aniversario del advenimiento de Su Santidad Pío IX al soto pontificio.

No creo que en ningún país católico reciba el Pontificado tan gran homenaje como el que nuestra piadosa patria le rinde en estos momentos.

La capital, por lo común bastante indiferente por todo cuanto se refiere a los intereses religiosos, ha tomado en esta ocasión una actitud admirable. La mayor parte de las casas y de los templos se hallan adornados con colgaduras en que campan los colores de la bandera pontificia y los de la bandera nacional.

Ayer hubo en el palacio de la Nunciatura una manifestación sin ejemplo en los fastos diplomáticos. Los vastos salones de ese edificio estuvieron materialmente llenos todo el día de comisiones venidas hasta de los puntos más distantes de nuestras provincias y de todas nuestras grandes ciudades para ofrecer al Padre Santo el homenaje de su adhesión a la Santa Sede. Los diplomáticos residentes en Bruselas, los ministros belgas, muchos individuos de la Cámara y del Senado y todos los hombres más notables en la magistratura, en el foro, en la ciencia y en la prensa, a la par que todos esos valerosos adalides católicos que figuraron en el Congreso de Malinas, se habían dado cita en la Nunciatura.

Verifí lo que hoy pasa. La manifestación pontificia y pacífica de las ciudades y de los pueblos rurales de Bélgica y de toda clase de hombres, así instruidos como ignorantes, indigna en extremo a nuestros libre-pensadores, los cuales, de diez días a esta parte, se afanan en prodigar calumnias y amenazas para impedir la manifestación del 16 de Junio. Pero precisamente sucede todo lo contrario y en todos los campanarios de Bélgica se ve enarbolada la hermosa y cristiana bandera pontificia.

En Italia, a pesar de dominar los usurpadores del patrimonio de la Iglesia, las fiestas han sido generales, y tanto ha sido el entusiasmo de los fieles, que *L'Unità* escribe un artículo titulado *El triunfo de Pío IX en Italia*, en el cual dice:

«De toda Italia recibimos cartas que nos hablan de las fiestas del Jubileo: ha sido uno de los más señalados triunfos del catolicismo y del pontificado... Los revolucionarios de todos los países están confundidos. La verdadera Italia no ha manifestado jamás tan solememente sus sentimientos y deseos; y si esto sucede estando el Papa prisionero, ¿qué será después de la indefectible victoria?...

Esperábamos ciertamente que Italia haría grandes cosas por el Papa; pero nuestras esperanzas han sido con mucho superadas...»

En efecto, la misma *Unità* da cuenta de lo que ha sucedido en algunas ciudades:

«En Turin se ha celebrado el 16 de Junio con magníficas fiestas religiosas, a las que asistió la inmensa mayoría de la población.

Las casas estaban engalanadas, ostentando muchas de ellas banderas pontificias, con el lema de *Viva Pío*. Muchas tiendas estuvieron cerradas como si fuera fiesta de precepto, y en las puertas había letreros que decían: Cerrada por el Jubileo de Pío IX.

Las sociedades católicas dispusieron, además de las fiestas religiosas, dar grandes limosnas a los pobres y quemar por la noche espléndidos fuegos artificiales. La ciudad presentó una animación extraordinaria, la concurrencia a los fuegos fué inmensa, y la iluminación general.

Tantos festejos excitaron la cólera de los liberales, y aunque en Turin no hay carlistas a quienes decir que confunden la religión y la política, se apedronaron las casas más notables de la ciudad, que estaban iluminadas, por una turba que el Rojo Arias de allí no supo tampoco castigar ni prender.

No es extraño que en Italia sucedan cosas tan parecidas a las de España; allí y acá sentimos los mismos males.

Una carta de Florencia dice:

«La antigua Florencia, la ciudad que ama aun las grandes tradiciones de lo pasado, solemniza ostensiblemente el aniversario Pontificio. Las autoridades eclesiásticas, el pueblo y la aristocracia no degenerada se crean honrados rindiendo al gran Pontífice homenajes públicos que la gente oficial puede detestar, pero que son una reprobación de la política que ha conducido a la ocupación de Roma. Las iglesias, las calles, las aldeas, todo lo que se halla fuera del círculo convencional de una sociedad entregada a todos los caprichos se mueve en un sentido contrario a la política dominante. La Italia católica protesta contra la Italia revolucionaria y atea. Entre estas manifestaciones las hay muy singulares.

La *Partida de la porra* ha hecho de las suyas en varias ciudades de Italia.

A las nueve de la mañana del día 16 ha comenzado el Papa a recibir las numerosas diputaciones que con objeto de felicitarle se han presentado en el Vaticano.

Los miembros de la corte y de la capilla pontificia han sido los primeros por ser considerados como la familia de Su Santidad. Esta comisión al presentar su mensaje han depositado a los pies del Papa un magnífico relicario adornado de perlería.

Ha seguido a esta comisión la de los camareros secretos y de honor, que han ofrecido un precioso sifón de oro cubierto de esmaltes y adornado de brillantes. Monseñor Perini ha sido el encargado de leer el mensaje de felicitación.

La diputación de Sacerdotes de la Gran-Bretaña, recibida inmediatamente dió lectura, por medio de uno de sus individuos, del mensaje en latín, al cual respondió Su Santidad en el mismo idioma, haciendo el elogio del Clero católico del Reino Unido, alabando la misericordia y la bondad divina que han permitido a su Pontificado y a su nombre unir el restablecimiento de la gerarquía en Inglaterra.

Sucesivamente se han presentado el Cardenal Monaco de la Valette, presidiendo a los miembros de la secretaría de Memorias y los rectores de los diversos colejos.

Estas recepciones han tenido lugar en la sala del Trono.

Rodeado de muchos Cardenales y Prelados de la corte, el Papa se ha trasladado después a la gran sala consistorial, donde esperaba la diputación de la *Juventud Católica* inglesa, presidida por monseñor Howard.

Su Santidad ha escuchado con suma atención, dando repetidas muestras de aprobación, el mensaje leído por el honorable Edouard Noel, dignándose responder poco más ó menos lo siguiente:

«Con gran placer me veo rodeado de la juventud; la juventud rodeaba y aclamaba a Jesús la víspera de su pasión. Yo también participo de los sufrimientos de la pasión que no es posible decir cuánto se prolonga. Pero tengamos en cuenta que la pasión de Cristo fué el fundamento de la Iglesia.

«La Iglesia de Irlanda acaba de ser salvada por la unión de su Episcopado. Unánimes todos, teniendo presente que la unión es la fuerza.

«La juventud de todas partes manifiesta un extraordinario movimiento de fe y de adhesión. Conservándose unida y firme en la esperanza, este movimiento bastará para triunfar del mal.»

Los ingleses han ofrecido al Soberano Pontífice una gran cantidad de oro encerrada en una preciosa caja forrada de terciopelo con las armas del Papa.

Después de haberle besado el pié y de recibir su santa bendición, han exclamado en vitores llenos de energía.

Pío IX ha dirigido la palabra a muchos recordando haber visto a algunos en otras ocasiones.

A M. Capelli le dirigió las siguientes palabras: «Doy las gracias a vuestro padre por el magnífico termómetro que tuvo la bondad de remitirme hace algunos meses.»

La diputación alemana, compuesta de 800 individuos, ha sido recibida también en la Sala consistorial.

Pío IX se ha sentido conmovido en medio de estos Sacerdotes, estos seglares y estas señoras, que parecían absortos en la contemplación del Vicario de Jesucristo.

El Papa les ha dirigido la palabra, manifestando el sentimiento que experimentaba por no poder hablarles en alemán, y agradeciéndoles el sacrificio que habían hecho viniendo de tan lejos. Los ha felicitado por el valor con que luchan en Alemania por combatir el error, y los ha estimulado a continuar combatiendo con fe y perseverancia. Con prolongados gritos de entusiasmo han respondido a Su Santidad estos fervientes católicos, que derramaban lágrimas de alegría.

## ULTIMA HORA.

### CONGRESO.

El Sr. Castelar continúa su interrumpido discurso, dirigiendo fuertes ataques al sistema vigente.

Consagra un periodo brillante al viaje de la escuadra española a Italia en busca de D. Amadeo, después del famoso discurso del Sr. Ruiz Zorrilla sobre los puntos negros.

Después de una serie de cargos que dirige al Gobierno por varios actos, entre ellos por haber exigido juramento al monarca, se propone demostrar que esta situación se ha suicidado por haber faltado al principio que le dió vida, por haber contrariado su propia naturaleza.

Esta situación, dice, se ha suicidado por haber faltado a la esencia del principio democrático, por haber querido encerrar la democracia dentro de la monarquía.

Se hace cargo de la situación en que están varios de los generales que más contribuyeron a la revolución, como Nouvilas, Pierrad y Contreras.

Todos sus cargos los refiere a la situación creada en Enero.

Terminado el discurso del Sr. Castelar, usaron de la palabra para alusiones personales los señores marqués de Sardoal y Becerra.

Suspenida la discusión para votar por cuarta vez el proyecto de ley concediendo 35,000 hombres para el reemplazo del ejército, resultó una votación de 183 en pró y 21 en contra.

El Sr. Castelar ha declarado en su discurso que la minoría republicana tomará una actitud benévola respecto del ministerio, si la crisis se resuelve en un sentido exclusivamente radical.

### DESPACHOS TELEGRAFICOS.

(De la Agencia Fabra.)

(RECIBIDO A LAS SEIS DE LA TARDE.)

BRUSÉLAS, 22.—La *Independencia Belga* dice que, según todos los cálculos, el empréstito francés será acogido favorablemente.

La *Estrella* y el *Boletín de la Bolsa* dicen que es muy buscado y que a pesar de no haberse admitido aún, se da uno por ciento de premio.

LONDRES, 22.—Al



